

Robusto en el valle,  
tendiéndote manso,  
con blando descanso  
te huelgas en él;  
trocando tus perlas  
por sus esmeraldas,  
ciñendo guirnaldas  
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista  
de sombras y tules,  
tus ondas azules  
tal vez consultó,  
bullir en el fondo  
veía tu hielo,  
la vega y el cielo,  
las flores y yo.

Si fueron mentidas  
tan bellas visiones  
y mis ilusiones  
se fueron en pos,  
¡ay Navia! lloremos  
engaños que vimos,  
pues locos mentimos,  
mentimos los dos.

Río que invades copioso  
del hondo valle la anchura,  
refrena el curso abundoso;  
que tras de este valle umbroso  
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,  
cesa de ir tan vano, cesa;  
porque en tu loca arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.

En esa orilla inmediata,  
ante esa mar inmortal,  
tu mole allí se desata,  
y hundes la frente de plata  
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,  
adiós tus flores mentidas;  
pues tú entre giros risueños,  
y yo entre gratos ensueños  
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos  
de sueños, teniendo en poco  
el mundo real, vive Dios,  
que ignoro cuál de los dos  
ha sido, Navia, más loco.

Que á la luz de la pasión  
los sentidos se embelesan;  
pero al llegar la razón,  
plomo los párpados son,  
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia, en tu jactancia  
cesa de ir tan vano, cesa;  
no olvides que en tu arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.

### SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,  
tu ardiente lumbre tenue debilita;  
que ya mi corazón, de arder cansado,  
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,  
ángel perdido que bajó del cielo,  
visión deslumbradora, que importuna  
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas  
lumbrosa tiende en blando movimiento.  
¿Eres el alma que de mí te exhalas?  
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,  
desprendida mitad del alma mía,  
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,  
blanca de noche y negra por el día.

Se mece ante mis ojos desplegada  
como la espuma cándida de un río,  
tal vez por los suspiros agitada  
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente  
reverbera purísima y serena,  
y en las límpidas aguas del torrente,  
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,  
luciente envidia de la nieve y grana,  
copia feliz de la encendida rosa,  
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mía  
su imagen pura, rutilante y bella,  
ante el disco del sol al mediodía,  
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbré,  
hidrópica mi vista, fascinada,  
de los astros la inmensa muchedumbre,  
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa  
oscilando el arroyo cristalino,  
y su acento el murmullo de la brisa,  
y también el zumbir del torbellino.

La veo en todas partes seductora,  
llevada de mi ardiente fantasía,  
en cada rayo el despuntar la aurora,  
en cada sombra el caducar el día.

Y despierto la miro embebecido,  
animada ilusión de mi deseo;  
y si cierro los ojos adormido...  
yo no sé dónde está, pero la veo.

### EL AMOR DE LA SIERRA

A tiempo que sube ufana,  
matizando el horizonte,  
de púrpura la mañana,  
cantando, de un fresco monte  
baja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,  
el campo alegrando viene,  
y aunque triste se lamenta,  
mucho al oír la contenta  
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente  
que con su voz no avasalle;  
por eso á su son doliente  
responden tan dulcemente  
los ruiseñores del valle.



EL AMOR DE LA SIERRA

Mirando va con presteza  
los fresnos uno por uno,  
y es por ver si en su corteza  
al nombre de su belleza  
añadió su nombre alguno.

En su purísimo acento  
hallan los tristes dulzura,  
los tibios grato ardimento,  
los afligidos contento  
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,  
y es, á mi entender, locura  
pensar que cuide el ganado  
la que tan sólo se cura  
de un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solía  
á la cordera leal,  
que cuando sal la ofrecía,  
antes de comer la sal,  
su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado  
baja, al nacer la alba hermosa,  
no es por mirar si templado  
se eleva el sol coronado  
de grana, jazmín y rosa:

es por oír un pastor  
que acaso á sus resplandores  
cántigas alza de amor;  
y ella se muere de amores,  
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza  
los fresnos uno por uno,  
y es por ver si en su corteza  
al nombre de su belleza  
añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,  
su sed va á apagar crúel,  
porque á aquel labio de rosa  
el agua le es enojosa  
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego  
su sed un momento halaga,  
pues ignora en su amor ciego  
que sólo el amante fuego  
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa  
al olmo la vid amena

entrelazarse frondosa,  
como su tez la azucena,  
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente  
embebida en sus amores,  
tal vez se lava en la fuente,  
ó tal vez indiferente  
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias más suaves,  
sobre la florida alfombra,  
templada fatigas más graves,  
y acaso á la fresca sombra  
duerme al rumor de las aves.

—¡Qué hermosa está entre claveles  
cuando gentil se recuesta,  
templando penas crüeles,  
bajo los verdes doseles  
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura  
adormecer los sentidos,  
ver el agua que murmura,  
y respirar la frescura  
de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena  
entre ilusiones sin fin,  
adonde el alma enajena  
ya el color de la azucena,  
ya la esencia del jazmín!

¡Qué vista tan placentera  
nos forman cruzando á veces  
en perspectiva hechicera,  
los ríos por la pradera  
y por los ríos los peces!

Son las delicias mayores  
ver poblado el firmamento  
de fúlgidos resplandores,  
de gratos sonos el viento  
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa  
quejas el aura suspira,  
su furia el torrente amansa,  
y sobre el prado que gira  
bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes  
los aires meciendo olores;  
forman ruido las corrientes,  
los prados alzan colores,  
despiden brillos las fuentes.

Los frescos vientos olean,  
la flor su bálsamo exprime,  
los verdes sauces ondean,  
y si una tórtola gime,  
mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra  
la serrana, ni galán  
templada el céfiro su afán,  
ni la humedad de la sombra,  
ni el fresco del arrayán.

—En vano con loco intento  
buscas, serrana, la calma,  
pues llevas de tu tormento  
la causa en el pensamiento  
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,  
que en la arena lo describes  
y de copiarlo no cesas,  
que tantas veces lo besas  
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores  
vas, cuando á la aurora cantan,  
si ves que brotan amores  
los delicados vapores  
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando  
de aquella fuente serena  
que cerca va murmurando,  
el bello tren arrastrando  
de algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,  
si es que acaso los divisas,  
sin que sus ondas sutiles  
aquesas formas gentiles  
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada  
mírala ya sin color;

advierte, en hora menguada,  
la boca más colorada  
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,  
si quieres cobrar la calma,  
pues del alba á los fulgores  
abre su sagrario el alma,  
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;  
y mira que solícitas,  
serrana hermosa, tu mal,  
si en la inconstancia no imitas  
su transparente cristal.

## EL BAILE

### A CLEMENTINA

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,  
confundidos galanes y hermosuras,  
y cual suelen las vides en las ramas,  
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros,  
los pies cruzando con lascivo juego,  
y brotan en miradas y en suspiros  
lumbre los ojos y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento  
se sacuden, columpian y suspenden,  
y revolando á la merced del viento  
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas  
profanan de las púdicas doncellas,  
que al mecerse las rosas entre espinas,  
rasgan su manto de color en ellas.

Mas ¿adónde está el alma que no enferma  
de impuras fiestas el vapor liviano?  
No hay castos pensamientos que no aduerma  
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos  
vierten copia gentil por las espaldas,  
y ondean con primor, asidas de ellos,  
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,  
doquier ostentan con falaz decoro;  
y en rica pompa y apariencia hermosa,  
néctar los labios y las sienas oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,  
y los ojos suavísimos destellos;  
leves coturnos las ligeras plantas,  
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,  
ya la alba tez de una amorosa espalda,  
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,  
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles  
sosegados se aduermen, y las sombras  
van en revuelta confusión sutiles  
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los lípidos espejos,  
como los sueños en tropel vistoso,  
las imágenes doblan los reflejos,  
arrebolando el aire vagaroso.

Y delirando amores, y dementes,  
entre gasas y músicas y aromas,  
se rozan, con pensados accidentes,  
confundidos halcones y palomas.

—  
¿Cómo al ver de tantas bellas  
el lindo y airoso talle,  
no hay uno, entre todas ellas,  
que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado  
movimiento  
como el lirio columpiado  
por el viento.

No hay una vez que se mueva,  
que no afrente  
á ese vapor que se eleva  
de la fuente.

Mas no abandonarás tanto  
tu cuerpo en grata delicia,  
si nos descubriera el manto  
la mano que con encanto  
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,  
y pierda, al verte, la calma;  
que donde la huella imprimes,  
todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas  
tal presteza,  
y tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Con ojos y pies encantas,  
y causa, por Dios, enojos,  
el que entre delicias tantas,  
tormento nos den tus plantas,  
cuanto nos matan tus ojos.

¡Por qué derribas el manto,  
haciendo de él rica falda,  
si ves que el calor no es tanto  
que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos  
que descubres,  
las gracias adivinemos  
que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,  
si tu nieve,  
mucho más que hielos, llamas  
vibra aleve?

Coge el manto descuidado,  
cubriendo el rico tesoro;  
que más que placer da enfado  
mirar, Clementina, el oro  
para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil  
vienen y van las hermosas!  
Tal se mira en el pensil,  
cuando se mecen las rosas.

¡Oh, qué sones tan sùaves  
se levantan!

No son más dulces las aves  
cuando cantan.

¡Cuál flota el leve atavío  
de las plumas!

Perdonen del claro río  
las espumas.

Y si los ojos se tienden,  
ven por doquiera que pasan,

cabellos que el alma prenden,  
serenos ojos que encienden,  
húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas  
cubren las blancas espaldas,  
éstas mostrando azucenas,  
cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos  
amorosos  
llevan y traen los vientos  
sonoros.  
Lucen las mejillas puras  
sin afeite,  
y brota de las cinturas  
tal deleite,  
que entre aromados vapores  
se confunden ellas y ellos,  
y todo respira amores,  
ojos, espaldas, cabellos,  
cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido  
se agitan mil amadores;  
siempre al árbol más florido  
acuden los ruisseñores.

Y sin duda que adivinas  
tu belleza,  
pues tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Y entre tan rica labor,  
tu planta ligera avanza,  
dando á su esmalte esplendor;  
por eso muere la flor  
cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque sùave  
aquea cintura leve,  
como, cuando vuela, el ave  
los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado  
movimiento,  
como el lirio columpiado  
por el viento.  
Que tus cabellos en calma  
me coronen,

y que el cuello como el alma  
me aprisionen.

Y deja que los fulgores  
beba de tus ojos bellos,  
pues todo respira amores,  
ojos, espaldas, cabellos,  
cintura, labios y flores.

## LA PALMA

### CANCIÓN

Esa palma que en tu encanto  
hace sombra á tu ventana,  
con las aguas de mi llanto  
acreció su pompa vana.

Y por ella  
fe y constancia me juraste,  
niña bella;  
pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,  
cuando amante lo jurabas,  
miré al tronco, y me enseñabas  
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores  
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves  
de la noche la honda calma,  
¿piensas, di, que son las aves  
que se anidan en la palma?

No, bien mío,  
que es un triste ¡ay Dios! que llora  
tu desvío  
por la noche hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,  
como obscura ve tu reja,  
alza el triste, en son de queja,  
sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores  
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos  
expié por la mañana,  
cobijado en los objetos  
que hacen sombra á tu ventana.

Y hubo alguno  
en que en sueños exclamaste:  
«¡qué importuno!»  
y á otro lado te tornaste.

Maldecíame, y yo en tanto,  
al susurro de tus quejas,  
estrellaba ¡cielo santo!  
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores  
y el viento de amor.

## A UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,  
si me volvéis á mirar,  
porque es malicia, á mi ver,  
siendo fuente de placer,  
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno  
el que en suerte tan crüel  
sea ese mirar sereno  
sólo para mí veneno  
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis  
porque no queréis que os quiera,  
fieros por demás estáis,  
pues si amándoos me matáis,  
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,  
venganza podéis tomar,

pues es fuerza os haga ver  
que ó no os dejo de querer,  
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida  
por mi amor, á tal rigor  
el alma siento rendida,  
porque es muy poco una vida  
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad  
guardar ningún otro puede;  
es tanta su intensidad,  
que pienso ¡ay de mí! que excede  
vuestra misma crueldad.

¡Son, por Dios, crúdos azares  
que me den vuestros desdenes  
ciento á ciento los pesares,  
pudiendo darme á millares,  
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento  
y dolor más importuno,  
el ver que mostráis contento  
en ser crúdos para uno,  
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás  
que tengáis, ojos serenos,  
á los que, de amor ajenos,  
os aman menos, en más  
y á mí que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,  
vuestro lánguido desdén  
tan dulce, tan celestial,  
que siempre reviste el mal  
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida  
para alivio de mi suerte  
fuese mi bella homicida!  
¡Quién no cambiara su vida  
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,  
me es más que todo crúel,  
el que ese mirar sereno  
sea para mí veneno,  
siendo para todos miel.

## LA FLOR DE LA JARDINERA

Como la luz hechicera,  
galana como el abril,  
adoro á una jardinera  
que, hermosa, en cuidar se esmera  
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,  
envidia de los amores,  
con gasas velar no cura,  
pues sólo cubre con flores  
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas  
ondean guirnaldas bellas,  
blancas, verdes, coloradas,  
más que porque van atadas,  
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,  
que no consigue su brío  
la verde grama inclinar,  
pues sólo aspira á tocar  
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;  
y cuando tierna suspira,  
al aura de envidia espanta,  
al claro sol cuando mira,  
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa  
en las bullidoras fuentes,  
corren hasta el valle aprisa,  
para que á ensayar su risa  
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas  
el vario curso reparan  
de sus cristalinas huellas,  
más por mirarla se paran,  
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,  
cuando se mueven, no ultrajen,  
mira del sol al reflejo,  
pues sólo de tal imagen  
puede la luz ser espejo.